

Sabor agridulce

En el nombre del padre

JUAN JOSÉ HOYOS

Sílaba, Medellín, 2018, 140 pp.

PARA NINGÚN lector colombiano el nombre de Juan José Hoyos resultará desconocido; de hecho, ya para muchos de nosotros se ha convertido en un cronista de referencia, por lo que el reconocimiento a la vida y obra de un periodista, conferido por el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar en 2017, más que llamativo, resultó necesario. Son más de cuarenta años de labor periodística, a través de los cuales no solamente se ha posicionado como una de las plumas más certeras en el panorama de la crónica nacional, sino también con mayor sensibilidad en el momento de encontrar historias y abalanzarse a su composición y recuento. Gracias a Hoyos, hemos podido estar en historias de la calle y de su realidad inmediata. Lo hemos acompañado con Pablo Escobar; junto a él hemos recordado a José Manuel Arango, hemos caminado muchas calles que desconocemos y conocido a otros tantos que nunca hemos visto.

Hoyos nació en 1953, ha sido corresponsal del periódico *El Tiempo* y también director de la *Revista Universidad de Antioquia*. Ha publicado dos novelas, *Tuyo es mi corazón* (1984) y *El cielo que perdimos* (1990), junto a libros de reportajes y crónicas, tales como *Sentir que es un soplo la vida* (1994), *Un pionero del reportaje: Francisco de Paula Muñoz* y “*el crimen de Aguacatal*” (2002) y *Viendo caer las flores de los guayacanes* (2006), entre otros. Con *El oro y la sangre* (1994) ganó el Premio Nacional de Periodismo Germán Arciniegas, y su coautoría en *Lo mejor del periodismo de América Latina* le hizo merecedor del Premio Nuevo Periodismo (Fondo de Cultura Económica, 2006). Pero en cuanto a compilaciones y antologías, posiblemente *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo* (2003) resulta uno de los libros más esclarecedores para entender no solamente la manera como el periodismo narrativo se ha abierto un espacio en la escritura histórica colombiana, sino también cómo se han desarrollado y

construido los diálogos culturales que nos permiten comprendernos como país y comunidad.

En el discurso de aceptación del Premio Simón Bolívar, intitulado “El oficio más bello del mundo” — título que toma prestado de Gabriel García Márquez, quien a su vez lo tomó del francés Albert Camus—, conocemos también uno de esos motores narrativos que nos han permitido leerlo siempre: allí confesó que “a lo largo de ese tiempo la vida me ha enseñado que la ciencia mide con atención lo visible, pero a veces desprecia lo invisible”. Visto así, la narrativa y estilo de Hoyos se concentran, como debe ser, en la voz de los que han sido callados, así como en la vida de todos aquellos que pasan desapercibidos precisamente por su invisibilidad.

Como parte del reconocimiento, o prácticamente haciéndose eco del mismo, la editorial Sílabla publicó en abril de 2018 la compilación de crónicas *En el nombre del padre*, que incluye 30 columnas publicadas durante sus doce años de trabajo en *El Colombiano*. El título, cuya sonoridad se debe precisamente a que forma parte de una frase hecha, lo explica su editor Luis Fernando Macías a partir del criterio de selección, que es “el tema general de la lectura y los lectores en el orden de lo que para el escritor significa ‘padre’”. Si bien el primer texto comparte este mismo título (un comentario sobre *Poemas al padre. Homenajes y evocaciones de poetas colombianos*, seleccionados por Rogelio Echavarría, Panamericana Editorial, 1997), después de leer unos pocos más comprendemos que el título del libro no hace justicia a los demás criterios, sino que más bien intenta encasillarlos bajo un eje transversal que, quizá, desubica al lector y lo hace prepararse para una selección distinta.

Muchas de las columnas que incluye el libro son comentarios o reacciones a distintos libros publicados (si bien este acercamiento nos permite conocer a Hoyos como lector, hubiera sido útil que la edición incluyera la información bibliográfica o fecha de publicación del libro al que se refiere). Encontramos comentarios sobre *Impresiones de viaje* de Isabel Carrasquilla, hermana de Tomás; sobre *Alegría de leer*, una de las primeras

cartillas de lectura que utilizó el autor; homenajes necrológicos a Antolín Díaz, al poeta Mario Escobar Velásquez, al periodista Jorge García Usta; columnas sobre Miguel Ángel Osorio (quien usó los seudónimos de Porfirio Barba Jacob, Maín Ximénez y Ricardo Arenales, entre otros), sobre el cronista Camilo Antonio Echeverri, nacido en Medellín en 1828, e incluso sobre una entrevista con el escritor argentino Ernesto Sábato. Muy posiblemente el título *En el nombre del padre* quiere hacer referencia a los homenajes y reconocimientos que realiza Hoyos en el libro; pero hay que destacar que no son solo hombres a quienes admira, sino que también hay, por así decirlo, “madres”.

El lector que disfrute la narrativa de Hoyos gozará igualmente de este libro porque contiene trazos que ya ha reconocido en otras partes. Sin embargo, se pudo haber realizado un trabajo más exhaustivo, desde el criterio editorial, que diera contexto a esta serie de columnas escritas a lo largo de doce años. Como las columnas no son de larga extensión (como máximo tienen dos o tres páginas), el espacio mismo es poco para desarrollar en profundidad los temas. Es posible que cuando fueron publicadas en *El Colombiano* la contemporaneidad sirvió para su inmediata comprensión; pero cuando las lee después, en una compilación cuyo título ya puede resultar conflictivo respecto al contenido, el lector echa en falta más ayudas para poder comprender el contexto de aparición de las mismas. No hubiera sobrado, pues, una fecha al finalizar cada columna, de tal manera que nos pudiéramos ubicar respecto a su momento histórico (esto habría ayudado, también, a acompañar al columnista en sus homenajes a libros).

En el nombre del padre es un libro que resultará llamativo porque es una compilación de un autor ya reconocido, pero deja mucho camino por recorrer en materia de edición y de preparación de material. No nos referimos a un estudio introductorio, faltaría más: nos referimos a la fecha a través de la cual podríamos relacionarnos mejor con cada texto. Pero seguramente habrá lectores para quienes esto no resulte problemático, porque querrán dejarse llevar por la cadencia y estilo que ya conocen en

Hoyos. Su firma garantiza escritura y desarrollo, pero su plataforma nos deja con la impresión de que pudimos haber comprendido más y mejor las coyunturas de publicación de cada columna.

Camilo Hoyos Gómez